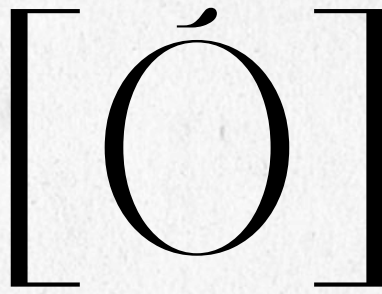


# [Ó]

ÓCLESIS  
REVISTA LITERARIA



**NÚMERO 17**  
ENERO-JUNIO DE 2026  
[WWW.OCLESIS.COM.MX](http://WWW.OCLESIS.COM.MX)



**ÓCLESIS**  
REVISTA LITERARIA

**Coordinador editorial**

Hugo Israel López Coronel

**Editor**

Román Esaú Ocotitla Huerta

**Diseño editorial**

Silvana Adriana Franquiz García

**Consejo editorial**

Penélope Astudillo Albarrán

Jorge Luis Gallegos Vargas

Jennyfer Ramos Gómez

**Consejo consultivo**

Tirsso Castañeda

Gilberto González Morán

Montserrat Morales

Francisco Necedal Segrete

Revista Óclesis, año 17, número 17, enero-junio de 2026,  
es una publicación semestral editada en la ciudad de Puebla, México.

Editor responsable: Román Esaú Ocotitla Huerta

La responsabilidad de los artículos publicados recae, de manera exclusiva, en sus autores,  
y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la *Revista Óclesis*.

*Revista Óclesis* no cobra aportaciones a sus autores para publicarse.

Esta revista se publica bajo la licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

Ilustraciones: Canva

Correo electrónico: [oclesis.mx@gmail.com](mailto:oclesis.mx@gmail.com)

Sitio web: [www.oclesis.com.mx](http://www.oclesis.com.mx)

Facebook: Óclesis, víctimas del artificio

# ÍNDICE

- |           |  |           |  |
|-----------|--|-----------|--|
| <b>1</b>  | Editorial<br>Román Esaú Ocotitla Huerta  | <b>20</b> | Casa Caída<br>Lorena Medina Martínez                         |
| <b>2</b>  | Pensar la muerte<br>Edith Marín Morales  | <b>22</b> | Réquiem para Elisa<br>Rafael Santiago                        |
| <b>4</b>  | Luz irreprochable<br>Damián Jerónimo Andreñuk  | <b>23</b> | Bajo las flores marchitas<br>Pablo Samuel Haro Reyes         |
| <b>5</b>  | Círculo vicioso<br>Carlos Cristián Italiano  | <b>26</b> | Habitación propia en llamas<br>Paula Itzel Guillén Rodríguez |
| <b>6</b>  | Diluvio universal<br>Aníbal Isaac Fuentes De Santiago  | <b>27</b> | Mascada<br>Hugo Israel López Coronel                         |
| <b>7</b>  | Soy culpable<br>José Angel Valdor Illana   |           |  |
| <b>9</b>  | Sobre la banal inocencia del mal<br>en el pensamiento de Luis López de Mesa<br>Arturo Hernández González |           |  |
| <b>12</b> | Diatriba<br>Santiago Salvador Bermúdez Gómez   |           |  |
| <b>13</b> | La metamorfosis de la transparencia<br>Bárbara Beatriz Korol Ribles                                      |           |  |
| <b>15</b> | La hondura en el punto<br>Nelson Roque Pereira   |           |  |
| <b>16</b> | Comunidad 4, Tlatelolco<br>J. Azeem Amezcua  |           |  |
| <b>19</b> | Renuncia<br>Ivanna Paola Munguía Palomares   |           |  |

Cada número de Óclesis nace de una apuesta: la de creer que la literatura no es ornamento, sino instrumento de comprensión del mundo. El número 17 no es la excepción. En un momento histórico marcado por la fragmentación de los relatos colectivos, por el peso de memorias que aún no han sido del todo nombradas y por las tensiones propias de una época que oscila entre la violencia sistémica y la búsqueda urgente de sentido, los textos que aquí se reúnen ofrecen algo que pocas otras formas de discurso pueden dar: la posibilidad de habitar la experiencia del otro sin reducirla.

La muerte —como hecho filosófico, como herida histórica, como paradoja vital— atraviesa estas páginas con la lucidez que solo la buena escritura puede sostener. Desde la reflexión ensayística de Edith Marín Morales, que interroga a la muerte como condición inherente a la existencia, hasta la prosa especular de Carlos Cristián Italiano, que convoca a los desaparecidos de la última dictadura militar argentina para ponerlos a circular, silenciosos e irreconocibles, entre los vivos; desde los versos de Aníbal Isaac Fuentes De Santiago, que reconstruyen un universo de fe agotada y marca indeleble, hasta la denuncia velada de José Ángel Valdor Illana, que acumula culpas como quien acumula historia, estos textos no eluden la violencia ni la pérdida: las miran de frente y las devuelven transformadas en lenguaje.

El presente número también abre espacio al análisis crítico. El ensayo de Arturo Hernández González sobre Luis López de Mesa —leído desde la filosofía decolonial de Enrique Dussel y la noción arendtiana de la banalidad del mal— recuerda que el pensamiento que se cree inocente puede ser el más peligroso; que los discursos de poder operan con mayor eficacia cuando no se reconocen a sí mismos como tales. En tiempos en que resurgen con renovada fuerza los determinismos raciales y los proyectos de homogenización cultural, este ejercicio crítico resulta no solo pertinente, sino necesario.

La narrativa y la poesía completan este número con voces que exploran el cuerpo, la identidad, el duelo y la ruptura desde registros diversos y complementarios. El cuento de ciencia ficción social de J. Azeem Amezcua plantea un futuro distópico anclado en geografías reconocibles de la Ciudad de México; la prosa delicada de Pablo Samuel Haro Reyes navega el agotamiento emocional de dos mujeres que se aman sin poder sostenerse; los poemas de Bárbara Beatriz Korol Ribles, Lorena Medina Martínez, Ivanna Paola Munguía Palomares y Paula Itzel Guillén Rodríguez trazan cartografías íntimas del tiempo, el abandono y la escritura como acto de resistencia. Santiago Salvador Bermúdez Gómez, por su parte, desafía con ironía y lucidez la herencia romántica, mientras Nelson Roque Pereira y Santiago Rafael construyen, desde Cuba y México respectivamente, poemas que decantan en el silencio lo que el grito no puede contener. Por último, Hugo López nos ofrece una narrativa que, desde la exploración corpórea, devela entresijos llamativos.

Este número llega, además, con un rostro renovado. El diseño editorial que presentamos incorpora una nueva arquitectura visual orientada a mejorar la experiencia de lectura: una diagramación más limpia, una integración más orgánica entre texto e imagen, y una propuesta gráfica que dialoga con el carácter literario de los contenidos sin subordinarse a él. Creemos que la forma en que se presenta un texto también es una forma de respetarlo. El cuidado editorial es, en ese sentido, también un gesto crítico.

Finalmente, y de manera muy especial, queremos dirigirnos a quienes hacen posible que Óclesis continúe existiendo: sus lectoras y lectores. Durante diecisiete números, ustedes han acompañado este proyecto con una fidelidad que no damos por sentada. Han leído, compartido, debatido y, sobre todo, han sostenido la convicción de que la literatura importa. Este número es, como todos los anteriores, para ustedes.

Gracias por leer. Gracias por creer que las palabras, todavía, tienen algo que decir.

# Pensar la muerte

Edith Marín Morales (México)

«La muerte no es otra cosa  
que la aprobación de la vida».

Georges Bataille

Mi deformada formación religiosa siempre me obligó a pensar la muerte como un suceso trágico, alejado de la vida. La mayor parte de mi infancia esta terrible idea me acompañó, el miedo me despertaba aterrorizada, miles de preguntas me asaltaban: ¿qué será de mí si muero?, ¿a dónde iré?, ¿será cierto que un ser omnipotente me catapultará a una enorme caldera por robarme el pan y los chocolates de mi abuela? En fin, inocencia o insipiencia, no lo sé. Pero el tiempo pasa y la vida nos regala varias muertes, unas más abruptas que otras. Desconozco si el poder, ante tales sucesos, los tiene una figura divina. Sabines (1997) dice que es «un viejo magnífico que no se toma nada en serio, le gusta jugar, a veces se le pasa la mano y nos rompe una pierna o nos aplasta definitivamente» (p. 77); o tal vez sea lo que los filósofos llaman accidentes de la vida, ambas posturas tienen algo de razón. Sin embargo, en esas embestidas pienso en lo no vivido, y me aviento un puñito más de tierra, lo que hice bien o mal tiene una razón, algunas válidas y en otras me escolta Mersault.

Estos tiempos aciagos, hechos de hilachos, maquillados de hollín, esta vida de perfecta odalisca, poco espacio deja para la reflexión; todo es inmediato. Nada, ni nadie se detiene, la existencia cobra vida en función del consumismo desmesurado al que me ha sometida la nueva versión del esclavismo: el capitalismo.

Lo aparentemente simple pasa a segundo plano, pero, ¿qué es lo simple y qué relación guarda con la vida, y a su vez con la muerte?



La autora es doctora en Humanidades: Ética Social por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMéx). Actualmente funge como profesora de asignatura de la misma universidad, donde imparte la cátedra de Lenguaje, Lógica y Literatura.

Un sinfín de ocasiones he pensado la muerte, incluso la he deseado; por momentos le he tendido la mano en señal de auxilio para brincar este manso recodo, pero después caigo en la cuenta de que, más que evadir, habría que sortear. Tal vez la inmadurez o la incapacidad de discernir la felicidad de la tragedia, aunada a la superficialidad, han sido el émbolo en esta abotargada existencia. He soterrado lo simple, le he sacrificado cual torero, de una estocada. Las cosas simples como canta el poeta: «Son aquellos sitios donde se amó la vida. / El amor es simple y a las cosas simples las devora el tiempo. / Demóstrate aquí a la luz mayor de este medio día [...]» (Tejada, 2010).

¿Es posible afirmar que lo simple constituye lo complejo, a la vez que marca el ritmo y acompaña sin medida a esta hemorragia y el artificio que intenta contenerla? Efusión cantada y contención sorda, entiendo ambas cosas al mismo tiempo; es algo así como cuando el torero en el ruedo se desangra y el cirujano lo interviene: entonces la vida es concomitante a la muerte, es a la vez una sangría infinita y una intervención finita; más que una contradicción es una paradoja, una delgada línea que los separa, casi invisible entre ambos estados, surco donde confluyen dos posibles que engendran un posible. En consecuencia, la muerte es posible en cuanto la vida es.

La muerte la vivo como la vida, como esa paradoja inherente, incluso necesaria. La existencia es finita, nada pasará después del aplastón definitivo. El panadero seguirá en el amasijo, el músico a su son y aquellos que me quisieron se resignarán, a lo mucho, pasado el tiempo... me recordarán...



### Bibliografía

- Bataille, G. (1997). *El erotismo*. TusQuets.
- Sabines, J. (1997). *Recogiendo poemas*. Zarebska.
- Tejada, A. (2010). Las simples cosas.  
<http://www.poesiaparaelalma.blogspot.com/2010/06/las-simples-cosas-de-armando-tejada.html>



# Luz irreprochable

Damián Jerónimo Andreñuk (Argentina)



Yamila,  
 cuando el rabioso pájaro del desengaño  
     haga su nido en tus pupilas,  
 cuando conviertan tu pudor y tu alegría  
 en un espíritu feroz del desencanto,  
 cuando ese sádico fantasma que es el tiempo  
     invada tu rostro  
 y quizá en un hospital o un cementerio  
 erradiques por completo los engaños del ego,  
 cuando tu *angustia* se haga *cólera*  
 y después *desesperanza*,  
 cuando sientas muchas veces que estás perdiendo el juicio  
     y recuerdes de repente que todo es como un juego,  
 cuando hayas dominado finalmente  
 la inimaginable proeza de tu lucidez,  
 cuando comprendas definitivamente  
 que lo único valioso nace del desgarró,  
 cuando sepas que triunfar en lo que sea  
     sin odio o sin cariño  
     conlleva *charlatanería*,  
 cuando te llegue la vejez con su sereno vértigo  
 y transforme tu presente en un sueño desgastado,  
 no escribas el amor  
     con letras negras,  
 no admitas nunca  
 lo bello del ocaso.  
 Ojalá evites el *reclamo*  
 y los *miedos* y las *lamentaciones*;  
     una *Luz irreprochable*  
     te protege.

# Círculo vicioso

Carlos Cristián Italiano (Argentina)

Un buen día, los desaparecidos en la última dictadura militar decidieron volver a la Capital Federal. Se levantaron de sus tumbas, por debajo de la tierra, del fondo del mar. Eran muchos. Estaban todos, de todo el país. Vinieron los que cayeron en Malvinas. Se reunían en las plazas. Conversaban. Algunos fumaban. Otros, sentados sobre un mármol, escribían una carta.

Tomaban mate. Estaban juntos. Todos vestían uniforme verde, como conscriptos. Tenían la apariencia de unos veinte años. Resultaban muy parecidos: muchachos y muchachas muy agradables, conversadores, de ojos inquietos. Los viejos muertos y los muertos jóvenes se confundían animosamente.

Los curiosos, los preocupados, los dolidos, se acercaron. Algunos les hablaron y los miraron con cariño. Quisieron distinguirlos. Les preguntaron de nombres y lugares. Pero no era fácil reconocer quién era quién o de tal lugar. Ante la poca seguridad de distinguirlos, uno conversaba poco y se iba. Pero los chicos siempre se quedaban allí.

En las tardes de plaza de Mayo, durante las marchas, las madres los miraban de reojo, soltando una lagrimita y queriendo abrazarlos a todos. Los muchachos las dejaban pasar. Dejaban pasar la manifestación. Pero se quedaban allí. Como también en plaza Francia, en parque Lezama, en Retiro, siempre tranquilos, contentos, en todas partes. Ocupando las plazas.

Los medios de comunicación llevaron sus imágenes a todos los rincones del país. Tampoco nadie, aun así, pudo reconocerlos. Ni los jueces. Ni los abogados. Ni los policías. Ni los militares.

Pasó mucho tiempo y los muchachos y muchachas maduraron. Se quedaron en las plazas encontrándose durante treinta años. Muchachos y muchachas de cincuenta o más. Uniformados como conscriptos, inquietos, sonrientes, pero gente madura. Encontrándose y tomando mate.

En realidad los que cambiaron no fueron ellos. A su alrededor la gente era distinta; algunos más viejos y otros, por diferentes causas, también desaparecidos. Nadie los miraba. La ciudad, más moderna, más progresista, más lujosa, se apreciaba en el bullicioso andar de las personas, los autos y las muchas iluminaciones. Ya nadie se preguntaba por ellos ni si podían reconocer a un ser querido. Para los demás eran simplemente buenas personas. Siempre sonrientes.

Un buen día se fueron para siempre. No dejaron rastros; ni siquiera un termo olvidado, un cigarrillo mal apagado o un lápiz de labios. Basta de murmullos, de un pisar de botas, de gestos de alegría. Quedó todo como siempre fue: un movimiento constante de transeúntes y vehículos alrededor de las plazas.

Indiferentes al sol y a los sucesos.



# Diluvio universal

Aníbal Isaac Fuentes De Santiago (México)

En este templo de altares rotos,  
que los pilares apenas sostienen,  
en el que ya ni un alma reza,  
los estantes comienzan a empolvase.  
Detrás de los ventanales, opacos y estrellados,  
la naturaleza reclama bancas y pasillos.  
Existe una complejidad recóndita en sacudirles ya vacíos.

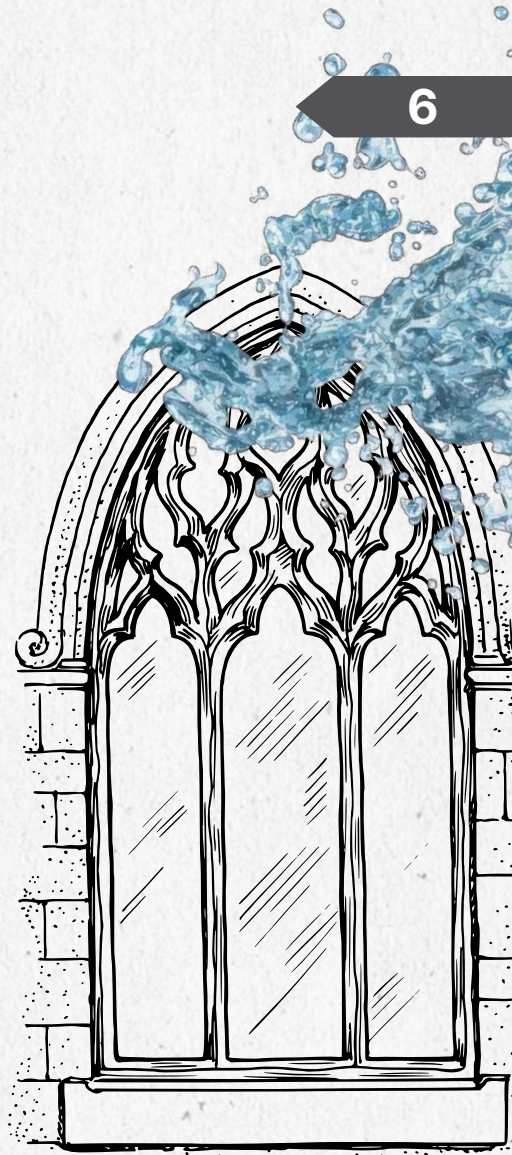
El vino y el pan van perdiendo comunión, el incienso ya no coloca.  
Los mártires no existen después de tres campanadas.  
No se elevan ya plegarias para los oídos sordos, turbados y distraídos  
de este santo al que nadie adora y jamás cumplió un milagro.

Expulsado de un paraíso que solo existió en los mitos,  
soy aquella bestia que se arrastra con el vientre sobre el suelo.  
La Plaga, el Éxodo, el Diluvio. Arrasándolo todo durante días infinitos.

Me encuentro de pronto desnudo e iluminado,  
en una realidad que se olvida a veces de mí.  
Vagando por la tierra yerma, a hierro marcado,  
siete veces en la frente, sin poder morir.

Todos mis pecados abonando el suelo de la tumba que en vano me cavé.  
Besan la tierra mis pasos penitentes, y en mi plegaria ruego misericordia  
como si santiguarse fuera suficiente para ser valiente y justo.  
Para heredar la tierra.

El autor estudió Enseñanza de Lenguas Extranjeras en la UABCS.  
Lee desde que tiene uso de razón y escribe desde que la perdió.  
Amante de los gatos y sus vicios.



# Soy culpable

José Angel Valdor Illana (Cuba)

Soy culpable de ahogarme en el lodo  
lejos de la herrumbre  
y beberme el vino agrio del hastío,  
La luz por la ventana atraviesa mi ombligo  
donde veo pasar la niebla  
Culpable de oír el silencio temblar de miedo  
tocando las tormentosas hambres del subsuelo  
Culpable de guardar en los bolsillos la noche,  
de náufragos que añoran peces,  
cuencos de mareas rotas,  
dibujando en el malecón nombres que ya no existen,  
de encender una vela para hablar con los muertos.  
sin que puedan comprenderme.  
Me acusan de injuriar versos  
en el impropio de mis rostros  
de robarle a Dios sus frágiles nervios,  
de sembrar en el cemento guanábanas verdes  
y creer que el musgo piensa en mí  
porque ya estoy muerto por dentro  
Culpable de andar siempre por calles desvelado  
de seguir a los perros ladrando miserias,  
de beberme el charco, el reflejo de la luna  
de dormir a la intemperie con el abrigo roto en los huesos.  
Confieso, he robado y aniquilado el frío  
astillas de madera sobre viejos ataúdes,  
que esperan al muerto alegre

El autor cuenta con un máster en Educación Ciudadana. Graduado en el idioma inglés, poeta y narrador.



La ciudad es un fantasma triste que juega con la muerte  
felices los muertos que reúnen a los vivos  
en el día de sus difuntas fiestas  
He escrito con humo mensajes en el aire  
cómplice de la cicuta en los pulmones.  
Mi crimen es la sombra  
aferrándose a los muros,  
fumando serpentinas negras por las calles  
donde me detiene un mendigo  
El insomnio resbala, atropella,  
Soy un puente culpable, eco,  
en la podredumbre costumbrista de mi patria  
Culpable de escuchar  
porque mi grito calla y nombra,  
de recoger monedas en el asfalto,  
de orar a los altares vacíos de dioses rotos  
de hablarme a mí mismo como un loco cuerdo.  
Culpable de amar a un fantasma sin rostro,  
y que me abandone en las puertas de la iglesia  
donde un niño llora  
de beberme la ausencia en cada taza de café frío,  
de escuchar la lluvia mientras se desploma contra el techo.  
Culpable de proteger en los bolsillos  
un pañuelo con migajas,  
de grabar en la pared la imagen de un beso,  
aparentemente sincero  
de encender un cigarrillo  
para fumarme el mundo que no entiendo  
Culpable de apuntalar la noche  
de ver cómo sangran las estrellas por los poros  
aunque vomiten de nostalgia  
Culpable de andar siempre con las calles auestas,  
de seguir a la luna mientras marca un camino  
por los humos quebrados de mis pasos  
donde las suelas buscan trabajo  
con menos dignidad que los tiempos  
Me niego a confesarme como las ramas  
Que me condenen los cuervos de siempre  
aunque lancen agravios mejor que yo



# Sobre la banal inocencia del mal en el pensamiento de Luis López de Mesa

Arturo Hernández González (Colombia)

Una vez concluido el juicio oral llevado a cabo contra las juntas militares argentinas el 22 de julio de 1985, Borges —quien había asistido al proceso para informarse de primera mano acerca de los vejámenes a los que los soldados habían sometido a los presos políticos— se dirigió a su casa de Palermo y dictó, con la vacilante voz que lo caracterizó en la vejez, un breve relato sobre el horror en el que están expuestas también sus consideraciones sobre la violencia política y el lenguaje mismo del horror. Describe todo aquello —la infinitud de la cárcel, la cotidianidad del encierro como una metáfora del infierno— como «una suerte de inocencia del mal» (Borges, p. 227).

La perversa paradoja del mal que opera con plena inconsciencia de su naturaleza no ha sido abordada exclusivamente por el autor argentino. En sus reflexiones sobre del testimonio presentado por Adolf Eichmann ante el jurado al que tuvo que presentarse en Israel por su participación en los crímenes nazis contra los judíos, Hannah Arendt habla incluso de una «banalidad del mal» (p. 171). Ambos pensadores identificaron ese abismo ético en el que el perpetrador, lejos de mostrarse como un monstruo consciente, actúa desde la trivialidad burocrática o la ciega convicción ideológica, sin percibir la malevolencia inherente a sus actos. Es desde este lúgubre espacio de inconsciencia donde debe leerse el pensamiento de Luis López de Mesa en *El factor étnico*: un discurso que, al abrazar con «inocencia» los paradigmas raciales de la modernidad colonial, termina por enartar una violencia simétrica. Su obra, al no ser consciente de su propio alcance ni de la maldad que subyace en su proyecto civilizatorio de «mejorar la raza», se vuelve profundamente malevolente, perpetuando el gesto fundacional del encubrimiento y la aniquilación simbólica del Otro que Enrique Dussel identifica como el pecado original de la modernidad (p. 72).



Leer a López de Mesa desde Dussel permite trascender la mera acusación de racismo para comprender un fenómeno más complejo: la operación de un discurso de poder que se ejerce desde una «inocencia devastadora». No se trata simplemente de una malevolencia inconsciente, sino de la manifestación de visión del mundo, donde el sujeto que enuncia, desde un lugar de privilegio epistémico, reproduce la lógica de aniquilación del Otro sin siquiera percibir su violencia.

Dussel sitúa el origen del mito de la modernidad en 1492, no como un fenómeno de emancipación, sino como un proceso donde Europa se constituye como el «Ego» conquistador que «encubre» al Otro (el indígena, el africano) al negar su humanidad plena y subsumirlo en un proyecto civilizatorio. Esta «inocencia» del conquistador reside en creer que su acción es un bien universal, una misión redentora que justifica la dominación. López de Mesa opera dentro de esta misma matriz. Al analizar la composición étnica de Colombia, no se ve a sí mismo como un heredero del colonizador, sino como un científico moderno que busca el «progreso» y la «normalización» de la raza. Su propuesta de una «política de inmigración sana» para «corregir los defectos del cruzamiento espontáneo» (López de Mesa, p. 5) es la reedición del mito civilizatorio: el Otro (el afrodescendiente, el indígena) es un problema que debe ser gestionado, mejorado o, en última instancia, reemplazado por un elemento europeo considerado superior.

Esta lógica se evidencia en la patologización de las comunidades afrocolombianas, a las que describe como «heridas de muerte» por enfermedades y que señala como «decaídas fisiológica y espiritualmente», advirtiendo que mezclarlas con el resto de la población sería un «error fatal» que produciría individuos «inadaptables, perturbados, nerviosos, débiles mentales» (López de Mesa, p. 12). Aquí, el «encubrimiento» es absoluto: el Otro, lejos de ser comprendido en su diferencia histórica y cultural, es abordado como objeto y definido por sus carencias biológicas y morales dentro del paradigma eurocéntrico. López de Mesa no se percibe a sí mismo como agente de exclusión; al contrario, cree estar realizando un servicio patriótico al señalar un peligro para la «riqueza del país». Su lugar de enunciación —el del letrado blanco-criollo— le confiere la autoridad para diagnosticar y prescribir, invisibilizando por completo la violencia simbólica que su discurso ejerce sobre la mayoría de la población.



El autor es poeta, traductor y docente colombiano, especialista en Pedagogía y maestro en Literatura y Cultura. Su obra ha sido premiada e incorporada en publicaciones de importantes medios culturales y literarios, así como traducida a numerosas lenguas.



Finalmente, esta «inocencia» se extiende a su visión del Estado y la educación, donde asigna al clero un papel rector en la «moralización» del pueblo, incluso llegando a sugerir que el acceso a los sacramentos podría condicionarse al alfabetismo (López de Mesa, p. 38). Esta fusión entre proyecto nacional y evangelización católica es otro pilar del mito de la modernidad colonial, que instrumentaliza la religión como un aparato de control y homogenización. Por lo cual, podríamos afirmar que la Constitución de 1991, al reconocer la diversidad étnica y cultural y establecer un Estado laico, representa la antítesis explícita de este proyecto homogenizador de López de Mesa.

A modo de conclusión, es menester señalar que el texto de Luis López de Mesa es un síntoma ejemplar de la colonialidad del poder y del saber. Al analizarlo desde la filosofía de Dussel, se revela que su peligro no radica en una maldad consciente, sino en la solidez con la que su discurso se sustenta en los mitos fundacionales de la modernidad/colonialidad. Es la voz de un Ego que, creyéndose portador de la civilización y la ciencia, perpetúa el encubrimiento del Otro con la convicción tranquila de quien cree estar labrando el porvenir de la patria, sin advertir que esa patria se construye sobre la negación sistemática de sus propios cimientos plurales.

### Bibliografía

- Borges, J. L. (2011). *Textos recobrados 1956-1986*. Edición DeBolsillo. Penguin Random House. Primera publicación en *Clarín*, 31 de julio de 1985.
- Arendt, H. (2003). *Eichmann in Jerusalem. Un estudio acerca de la banalidad del mal*. Editorial Lumen S.A. Trad. Carlos Ribalta.
- López de Mesa, L. (1927). *El factor étnico*. Imprenta Nacional de Colombia.  
<https://repositorio.acefyn.org.co/handle/001/1934>
- Dussel, E. (1994). *1492: el encubrimiento del otro: hacia el origen del mito de la modernidad*. UMSA. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación Plural Editores.  
<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/otros/20111218114130/1942.pdf>

# Diatriba

12

Santiago Salvador Bermúdez Gómez (México)



Maestro de Maestros, me niego  
a hurgar en las faltriqueras de tu levita  
la razón de mis largas jornadas  
pálidas, trágicas, románticas.

Hace más de un siglo que enterramos tu levita  
en el cementerio más literario del mundo,  
y lamento decirte que ahora te has quedado sin alumnos  
o al menos yo renuncio a tu magisterio.

Hace más de un siglo y medio que leemos tus poemas  
sin otro resultado que el de espantar a las mujeres,  
sin otra convicción que la de estar muertos en vida  
y así no es posible que seas nuestro maestro.

De tu obra se desprende más de una lección valiosa,  
y hemos procurado asimilarlas todas lo mejor posible,  
pero es hora de seguir por nuevos derroteros,  
libres (¡por fin!) del maléfico espíritu que te poseía.

Alabado sea tu numen, tu acento inconfundible,  
pero basta ya de artificios complicados,  
basta ya de blasfemias e imprecaciones,  
apuesto a que nosotros podemos hacer algo distinto.

Todos esos sonetos macabros, todas  
esas imágenes sanguinolentas, han envejecido  
un poco mal, y apuesto a que hora podemos  
ensayar unos cuantos chistes furibundos.

Peor que el spleen de París en el siglo XIX,  
la güeva de CDMX en el siglo XXI,  
y que críticos y exégetas adeptos a tu doctrina  
no nos condenen si ahora nos apartamos de tu ejemplo.

Tú porque te codeabas con los ángeles  
y convertiste el rechazo en el combustible de tu hybris,  
pero nosotros, más modestos y tropicales, empezamos  
a escribir con la intención de hacer amigos.

Hemos seguido tu sombra a través de los caminos  
de la mendicidad, al menos yo lo he hecho, y ahora  
quiero algo distinto, divertirme un buen rato, sentirme  
orgulloso y contento de haber elegido este oficio y no otro.

El autor ha publicado desde 2025 en las revistas digitales *Página Salmón*, *Dizaster Mgzine*, *Anacronías* y *Aluna Jaba*, y fue incluido en el catálogo impreso del I concurso en honor de Horacio Warpola (*Bahía Poética*) y en el número más reciente de *La Casa Usher* (Perú).

# La metamorfosis de la transparencia

Bárbara Beatriz Korol Ribles (Argentina)

Por la ventana de la cocina  
 bebo lentamente la opacidad del paisaje.  
 Los cipreses entristecen su hermosura  
 junto a la palidez del jardín.  
 Un goteo suave salpica las hojas  
 y un poco, el silencio.  
 Afuera y adentro  
 la melancolía es semejante,  
 con perspectivas que fusionan  
 espejismos y existencias.  
 Lo impreciso se va transformando.  
 Un rayo de sol se conjuga con la lluvia  
 para desglosar la inocencia  
 de las líneas.  
 A trasluz se plasma mi rostro  
 en el cristal.  
 Las sensaciones quiebran  
 la semántica sutil de los contornos  
 hasta encontrar el equilibrio  
 entre ese amparo introspectivo  
 donde estoy a salvo de rencores,  
 y la contundencia de la claridad  
 que descifra la trama discursiva  
 de los actos repetidos.  
 La realidad se funde  
 en la diáfana materia del vidrio.  
 Un abejorro intenta perforarla con su zumbido.  
 Estoy en un espacio diametralmente opuesto  
 con los ojos escudriñando  
 la apariencia proyectada.



Tengo ganas de abrazar a esa mujer  
 apenas nítida en el cristal,  
 a esa parte de mi  
 que se refugia en la acústica del agua  
 hasta hacerse invisible.  
 Sé el color exacto de sus miedos,  
 la porosidad de sus roturas.  
 Mastiqué la raíz que perfuma sus dolencias.  
 Le sonrío  
 y ella me devuelve el gesto  
 con la amplitud de la dulzura que la consume,  
 (que me consume),  
 en secreto.  
 En la transparencia persiste la memoria  
 remontando las réplicas del tiempo.  
 Soy la que emerge del rebote,  
 idéntica y distinta,  
 ternura en carneviva nutriendo su simiente.  
 El ritmo cauto de las horas  
 se desarma en la simpleza del ambiente.  
 Los movimientos perturban el reflejo,  
 las heridas, que no logran traslucirse.  
 Lo cotidiano se empapa de prisas.  
 Siento la sutura en el alma.  
 El amor me raspa la garganta.

La autora publicó *Mágica esencia* (relatos) y participó en cinco antologías poéticas internacionales. El diario *El Litoral de Santa Fe* publica sus textos. Reside en El Bolsón.



# La hondura en el punto

Nelson Roque Pereira (Cuba)

La huella lezamiana gime  
y se abandona al repertorio de la palabra,  
necesita transitar los contornos del punto centro,  
transparentar el agua con la mirada litúrgica  
de mi fantasmas y los animales.  
Tal vez el rayo de la lengua  
contra lo que se prolonga más allá del deseo  
del cuadrilátero del mediodía.  
Incorporarme es la calcinación  
de los escombros ocultos en lo intemporal  
de los cortes en la carne recién parida,  
el travestimiento de la paz y el cáliz  
en la certidumbre de morir en blanco.  
Lezama se vuelve el molde y desarma en dos  
la hondura en el punto,  
se rinde a conversar con la flauta de la escalera,  
y hace añicos la página  
con las aguas secretas de la hybris.  
El peso de la palabra se interpone  
a las carcajadas del tropiezo,  
y deletreo en el libro la espiral del retorno,  
piso la arena del ofrecimiento ambiguo  
a medida que crece la ausencia de la hoguera  
con los deseos de suprimir las puertas.

El autor es poeta y museólogo. Ha publicado en antologías y revistas, además de su poemario *Por los cauces de la noche* (España, 2020).



# Comunidad 4, Tlatelolco

16

J. Azeem Amezcua (México)

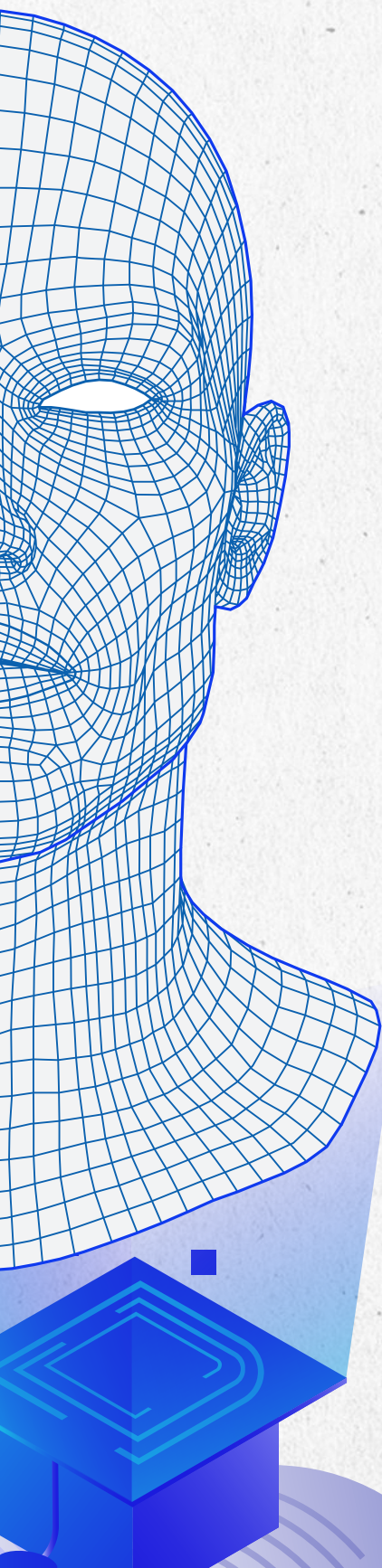
Última entrada de la bitacora, el resultado de estos genios es lo que trajo a los cazadores aquí.

Comunidad 4, Tlatelolco. El mundo, de aislarse a unos cuantos estados, como Ciudad de México, pasó a ser territorio Cuauhtémoc, al final, esto. Mi hermano y yo somos especiales, nuestra habilidad se ha centrado en querer vencer los muros de chatarra que nos rodean, desde Reforma hasta Insurgentes, desde Flores Magón hasta Eulalia. Para atacar la autoridad que nos rige. Las cámaras de cada callejón, tanto en pasillos como en escaleras de todos los edificios, incluso la de nuestro departamento, son un problema general. Esta última la engañamos con facilidad gracias a los primeros prototipos de holograma, así trabajamos con libertad. Conectadas a un sistema central operado y configurado con inteligencia artificial, administrado por un consejo élite, su función original era identificar el brote de los primeros síntomas de un virus letal para no exponer al resto. La autoridad convirtió todo en una sensible dictadura.

El proyecto está listo. La obra maestra de Axel y Matías para vencer al sistema. Todavía no le hemos puesto nombre apropiado. Un monstruo construido virtualmente para infiltrarse en el sistema, es completo el modelado porque también utilizaremos transmisores láser para proyectarlo. El diseño es de un ajolote híbrido con piezas mecánicas, que tiene en el código de sus entrañas un simulador de inteligencia artificial que le dará conciencia espacial, dirección.

Ha sido un proceso lento debido a la baja potencia de la subestación OCFE. Si aprovecháramos de más la potencia de energía que alimenta todo Tlate, la autoridad querría abatir el edificio completo. Ya han estado cerca de descubrirnos. La apariencia mixta del monstruo virtual fue inspirada en el territorio baldío, donde está estrictamente prohibido ir. Logramos engañar una pequeña ruta por el reloj solar para salir a buscar piezas útiles para los proyectores, entre otros potenciadores para que el código no reviente los dispositivos.

El autor cuenta con más de cincuenta cuentos publicados en diferentes medios de distintos países. Asimismo, cuenta con una novela impresa con Lebrí Editorial llamada *Amistad Nigromante*.



El progreso es tan considerable que ya van dos ocasiones en las que el ajolote parece decirnos lo que quiere, como si el prototipo de IA hubiera evolucionado, o el monstruo tuviera vida propia. Deben ser ilusiones por el exceso de trabajo.

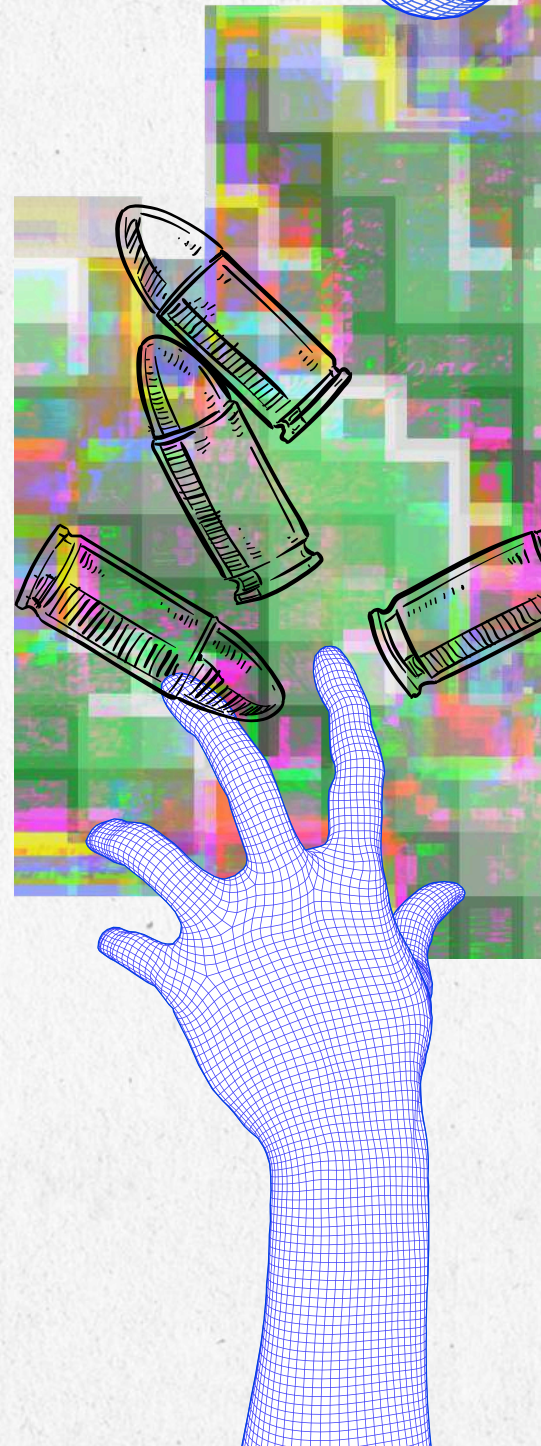
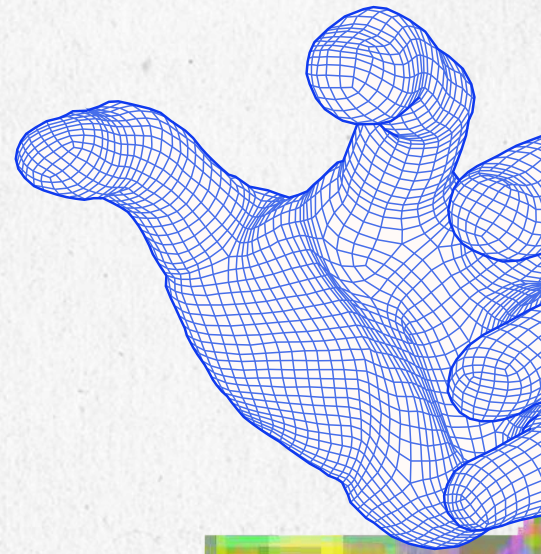
Mañana vamos a liberar a mi papá y a mi hermana. Mi padre no es mala persona, tanto que adoptó a Matías cuando perdió a su familia, a pesar de tener problemas. Las cámaras terminaron capturando instantes dudosos que lo comprometieron, siendo su mayor crimen la crianza de mi hermano. Cuando la autoridad decidió actuar, Matías ya no calificaba para el refugio de menores en el Centro de Autoridad 5 de Mayo. Llevaron a mi papá al Centro de Control U y a mi hermana, al orfanato.

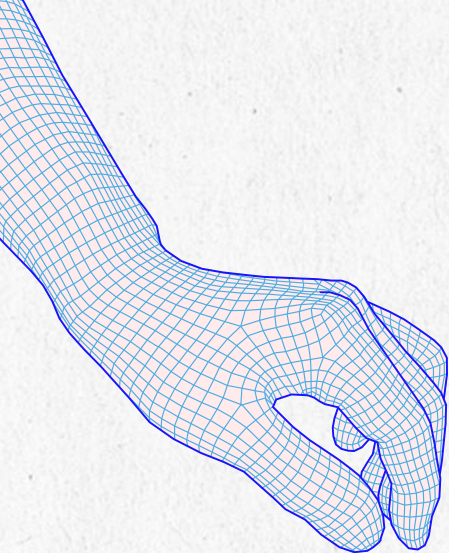
Ya tenemos todo preparado en la zona baldía. Si la difícil misión resulta un éxito, escaparemos por allá. Colocamos láseres holográficos a lo largo de la comunidad; todos funcionan a la perfección para transmitir una imagen hiperrealista del monstruo en cuatro partes distintas. Debe posarse en el faro, ya que, además de albergar la prisión, tiene el cerebro central de vigilancia. Mientras hace escándalo con su tamaño y ferocidad desde la punta de los edificios, estará inhabilitando todo el sistema, con el soporte de la pseudo-IA. Matías entrará buscando refugio para esperar el encuentro con papá, yo iré por Renata. Amamos a ambos, somos familia, no nos iríamos solos, aunque seamos tan parecidos.

Creemos tener todo controlado con estricto orden; sin embargo, esta noche nos vamos a acostar con una mínima incertidumbre. Los simuladores no marcan ninguna variación que demuestre alteraciones en el código, por lo tanto, la inteligencia del monstruo no pudo haber crecido. Aun así, hay cosas que nos hacen sospechar lo contrario, ninguna lo suficiente tangible.

### El resultado de la incursión

El programa inició en la torre Insignia. Cuatro entidades de un híbrido cibernético, un ajolote con algunas extremidades robóticas, se materializaron en cada frente del rascacielos. Bajaron causando ruido. La autoridad dispuso de inmediato de todas las fuerzas de defensa de la comunidad, mientras gritaban el toque de queda obligatorio. Los cuatro monstruos se distribuyeron: uno en el Centro de Control U, otro en el Centro de Autoridad, uno en la explanada de la Pera, y el último, en el Reloj Solar.



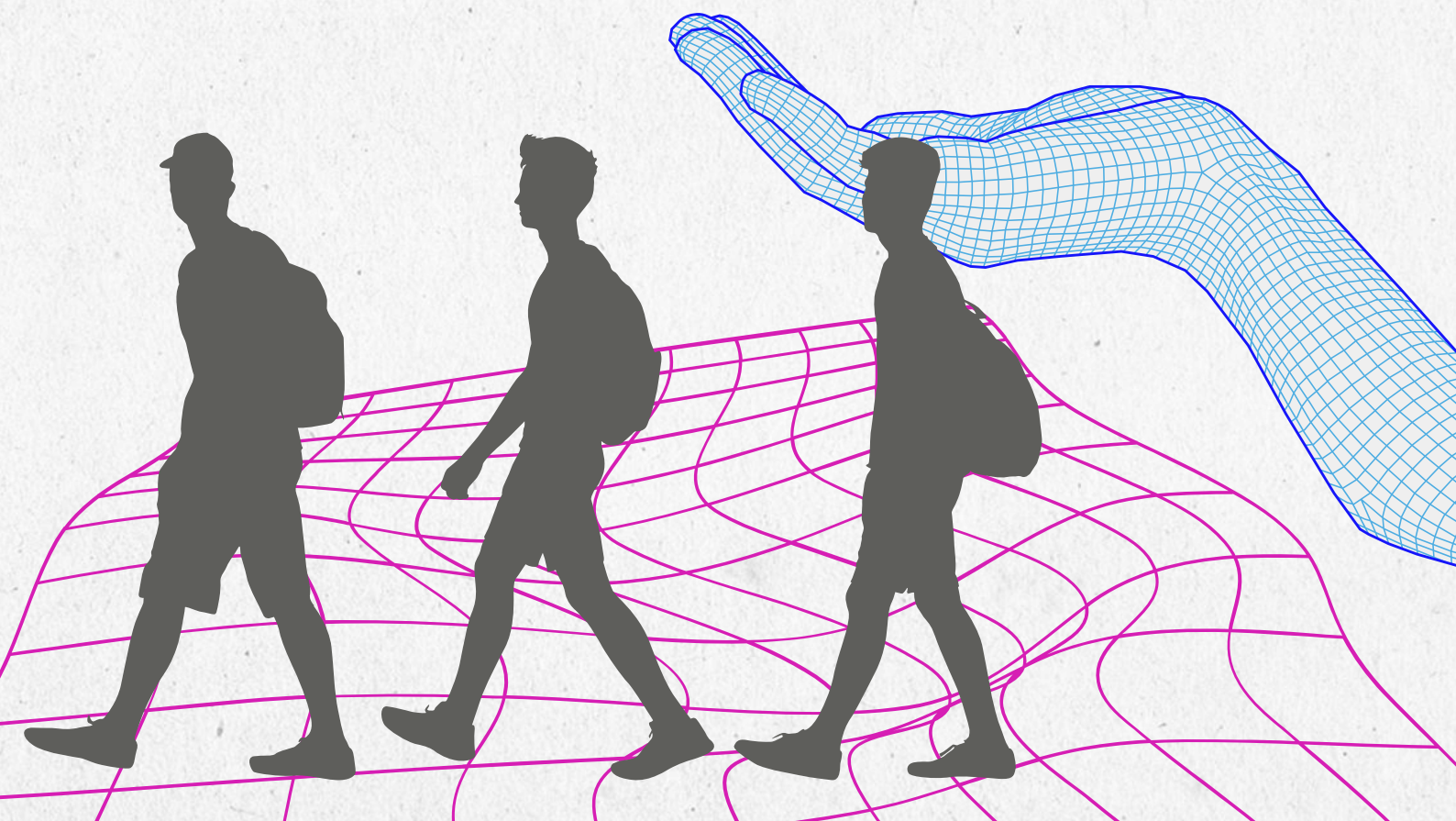


Las armas los atravesaron como si no existieran. Fantasmas que provocaron más fantasmas por los civiles que recibieron los impactos. Después se hizo la oscuridad de la intercomunicación. Los equipos tácticos de cada punto se quedaron sin órdenes directas, las cámaras se apagaron, las puertas magnéticas interiores y exteriores se desbloquearon.

El sistema cayó. Incitadores lograron que todo el Centro de Autoridad, al igual que todo el faro, fueran desalojados. Los huérfanos, los presos, los políticos, los ingenieros... mucha gente quedó libre a merced de los monstruos.

El caos aplastó a unos. Otros se quedaron encerrados, esperando una salvación que no llegó. Horas después, salvajes de comunidades menos civilizadas tomaron la oportunidad para infiltrarse y saquear lo que el monstruo permitiera. Algo en los láseres les daba alguna clase de energía psíquica capaz de hacer daño físico. Se notaba una misma inteligencia entre los cuatro, como también era claro que evolucionaban.

Bastantes lograron huir de la Comunidad 4, Tlatelolco. La mayoría nunca pensó en regresar. Es curioso que el general Axel nos mandara a este departamento en primer lugar, antes de intentar recolectar holográficos o encontrar el cerebro físico del monstruo, aún sin nombre.



# Renuncia

Ivanna Paola Munguía Palomares (México)

Su nombre no es suave,  
pero se volvía azucena cada mañana,  
y la miel de su voz era lenta al caer.  
Podías confundir  
su impecable vestido de cielo rosado,  
con las cortinas que aligeraban el brillo del sol.  
Cada movimiento pensado,  
cual hoja que cae y será vista  
por el constante viento.  
Cada palabra filtrada  
por el requisito y el deber,  
delicadeza que perdía aliento.

Su marido parecía de otro mundo.  
Desentonaba su voz con la atmósfera;  
su sonrisa no era fea, pero era tosca;  
su traje no combinaba con la casa.  
No sé si ya conocía la cocina,  
pero comía sin darse cuenta,  
y ella se preguntaba si le gustaba la comida  
o si callaba alguna queja.

Su nombre no es suave,  
su garganta tampoco lo es,  
y las horas son arduas y pesadas,  
y la compañía muy escasa,  
pues lo que lleva en el vientre  
no le habla, ni le canta ni le dice que la ama.  
¿Qué le reafirmaría su valor,  
sino lo que lleve dentro por voluntad propia?  
Sonrisa congelada, abrazos helados,  
tiempo duro de tachuela y alfiler,  
que lastima y que no pasa,  
que se detiene y que la atrapa.

Se pobló de pronto la soledad,  
pero no por dentro sino por fuera.  
Su privacidad fue un lujo caro  
que no pudo sostener por mucho.  
La joven es perseguida por su pasado,  
como si la escasez tuviera memoria  
y extrañara estar a su lado.  
Y tal vez ella la extraña también.

Tal vez un día corrió hacia el bosque  
tomando su miel, su azucena  
y sus tonos pastel en las manos,  
para dejarlo todo en un cuarto de hotel.  
Tal vez ya nunca supo más de él,  
y sacó lo que llevaba dentro y  
que debía cesar de doler y de crecer.

Ahora ella combina con todas las calles,  
los coches y los centros comerciales,  
y su vientre le recuerda  
que es dueña de una historia  
en la que no existen culpables.

La autora es estudiante de Psicología en UABC. Fue editora de la Revista *Voces Disonantes*, de la licenciatura en Antropología de la UNAM (2021-2022). Autora del cuento *Atardecer*, publicado en la antología *Crónicas de Pandemia*, de Cultura UNAM (2022).



# Casa Caída

Lorena Medina Martínez (México)

Hoy casi nadie me recuerda  
caída, inamovible me encuentro  
sobre los muros del imaginario  
que se borran en esta casa.

Bajo noches celestes,  
están cubriendo el asombro,  
y llenando cajas, y vaciando ayeres,  
y acomodando el recuerdo.

Sobre la última puerta...  
una soberbia despedida  
languidece las horas  
de noches, derramadas de luna.  
Bajo la última puerta...  
esperan un regreso  
-fortuito y como por arte de magia-  
de exquisitos festines de noche.

Del otro lado de la última puerta...  
una casi apagada vela  
recuerda noches sin pudor,  
sofocando del último sobresalto su fervor.

Luego de partidos los aromas,  
delinearan lascivos sabores  
acallando el deseo, y la eternidad  
se les caerá..., tanteando el orgullo.



Un velo cubrirá los amaneceres  
 en que el silencio les será mutuo,  
 la ausencia les será compartida,  
 y el hubiera resonará sobre sí mismos.

Entonces, volverán al inicio  
 sin la carga de la derrota,  
 sin desafiar la venganza,  
 sin vínculos ni treguas.

Se convertirán en silencio  
 queriendo ser eco, y crujido, y bullicio,  
 y se volverán una áspera ausencia...,  
 queriendo ser presencia.

Antes de irse  
 juntaran abril, la magia y noviembre.  
 Dejaran una puerta..., entreabierta  
 con ansias de reencuentro.

Al abandonarse seguirán  
 andando en tierra extranjera,  
 sabiendo que en algún lado  
 alguien los piensa en español.

Partidos los caminos por aquel río,  
 dividido el imaginario entre huerto y bosque,  
 quedan los escombros del umbral  
 bajo la, - acaso imaginada -, casa caída.



La autora ha publicado en *Alaska Women Speak*, *Anestesia*, *Ibidem*, *Raíces*, *Alcantarilla*, *Fragmentos del Sur*, *Mediterranean Poetry* y en la antología *Letras Súbitas de Las Notas de Orfeo*.

# Réquiem para Elisa

Santiago Rafael (México)

I.

La noche en el iris de tus ojos.  
Verdes aves brotan de tu pelo.  
Un copo de nieve va cayendo.

La noche en la comisura de tu boca.  
Una bestia lame tus heridas.  
Esquirlas carmesíes la aguanieve va sembrando.

Atraviesa la calle un coche.  
No te ve y no lo llamas.  
Te gusta la calma de ahora.

II.

Te vas, te vas yendo.

Es como si montaras una balsa  
y te fueras.

III.

(Cubriéndola, va  
cubriéndola  
hasta cubrirla.)

La noche va  
habitando  
en silencio, tu grito.

IV.

Tendida boca abajo  
los brazos en plegaria.

Tierra, gravilla, césped  
los pies descalzos.

Elisa ahora duerme.



El autor, como dramaturgo, es escritor de *Los tratos con Mefistófeles* y *Tona*. Actualmente estudia la licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas en la Facultad de Letras Españolas, UV.

# Bajo las flores marchitas

Pablo Samuel Haro Reyes (México)

La luz de la luna era fría y azulada, como el fondo de un pozo. Iluminaba a Helena, delgada y pálida, haciéndola parecer un espectro pegado al barandal. Sofía, en cambio, más ancha de hombros, con sus manos fuertes aferradas a la pintura descascarada, parecía estar anclada a un mundo que a Helena se le escurría entre los dedos.

—Siento que las cosas ya no son lo mismo —susurró Sofía, sin mirarla; su voz era ronca, como la de quien ha llorado en silencio durante horas—. Siento que yo... ya no soy la misma. Me duele todo.

Helena quería decir «yo también», pero, en su boca, se habría sentido como un reproche.

—No te entiendo —murmuró. Sus manos, dentro de los bolsillos del suéter, no dejaban de temblar. Era un temblor que venía de dentro, como si su cuerpo fuera un vaso lleno de un agua negra e inquieta—. Lo intento, pero... no sé qué hacer. Siento que... no importa lo que diga, está mal.

El silencio que siguió no fue vacío; estaba lleno del zumbido de todo lo que no decían. Sofía jugueteaba con un anillo, girándolo y girándolo, como si pudiera desenroscar algo de su dedo.

—Hace mucho que no nos entendemos, Helena —dijo al fin, clavando la mirada en un punto lejano de la oscuridad—. Te siento... lejos. Aunque estés aquí.

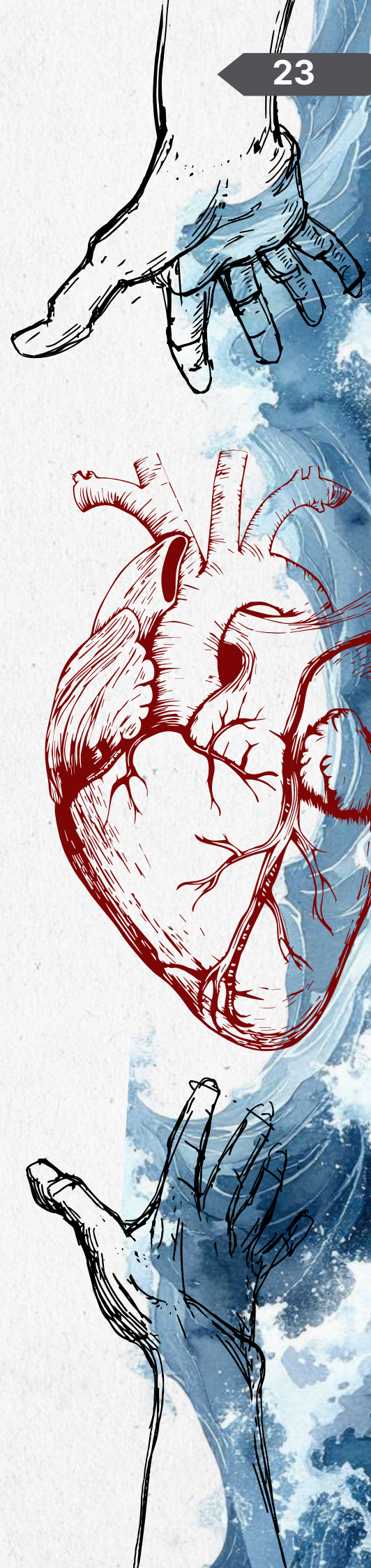
—Pero estoy contigo —la voz de Helena fue un hilo débil, un intento de agarrarse a la orilla. Su mirada buscaba los ojos de Sofía, suplicando un reconocimiento que no llegaba—. Estoy aquí, ahora. Lo he estado siempre.

Sofía sacudió la cabeza, lenta, cansadamente.

—No lo estás. Y lo sabes. Te has ido metiendo en un pozo tan profundo que ya ni siquiera te alcanzo.

Helena apretó los puños dentro de los bolsillos. La imagen del pozo era tan exacta que le dolió. Sí, estaba en un pozo: el de sus propios pensamientos, el de un miedo que no tenía forma, el de la sensación constante de ser un estorbo.

—No he estado bien... lo sabes. Y no es que no quiera salir, de verdad que lo intento...



—Lo sé —susurró Sofía, y en esas dos palabras había una fatiga de años, de noches en vela, de intentos fallidos de sacar a alguien que no quería o no podía ser sacada—. Lo sé demasiado bien. Y yo he estado ahí, en el borde.

Helena la miró entonces y, por primera vez, vio no solo la frustración de Sofía, sino el costo de su propia enfermedad: la piel cansada alrededor de sus ojos, la línea tensa de sus hombros...

—Eres inestable —dijo Sofía, dudando de cada palabra—Y yo... ya no puedo. Lo he intentado, Helena. Durante años. He estado en cada caída, en cada noche. Pero estoy agotada. Siento que si me acerco más, caigo contigo.

—Mis problemas... —tragó saliva Helena, sintiendo un nudo de vergüenza y rabia—. Mis problemas... nunca te he pedido que los resuelvas, Sofía. No entiendo cómo puedes decirme que son una carga...

—No es una carga —cortó Sofía, y su voz por fin mostró una grieta, un temblor—. Es... es que me ahogo, Helena. Tu pozo se ha vuelto el mío. Tú me hablas del agua que te llega al cuello y yo, desde el borde, siento que ya no puedo respirar. Y yo no quiero morir aquí.

Helena dio un paso atrás, herida. La palabra *morir* resonó en el aire, incomprendida.

—¿Morir? Lo único que hago es contarte lo que me pasa. Es lo que hacen las parejas: contarse las cosas.

—¡Y yo nunca te cuento nada! —estalló Sofía, volviéndose de golpe, con los ojos ahora brillantes de una furia desesperada—. ¡Porque tengo que ser fuerte! ¡Tengo que ser la orilla, el ancla! ¡No puedo ser otra cosa! Si yo también me derrumbo, si te digo que tengo miedo, que estoy perdida, que no sé cómo ayudarte ni cómo ayudarme... ¿entonces qué? ¿Nos hundimos las dos?

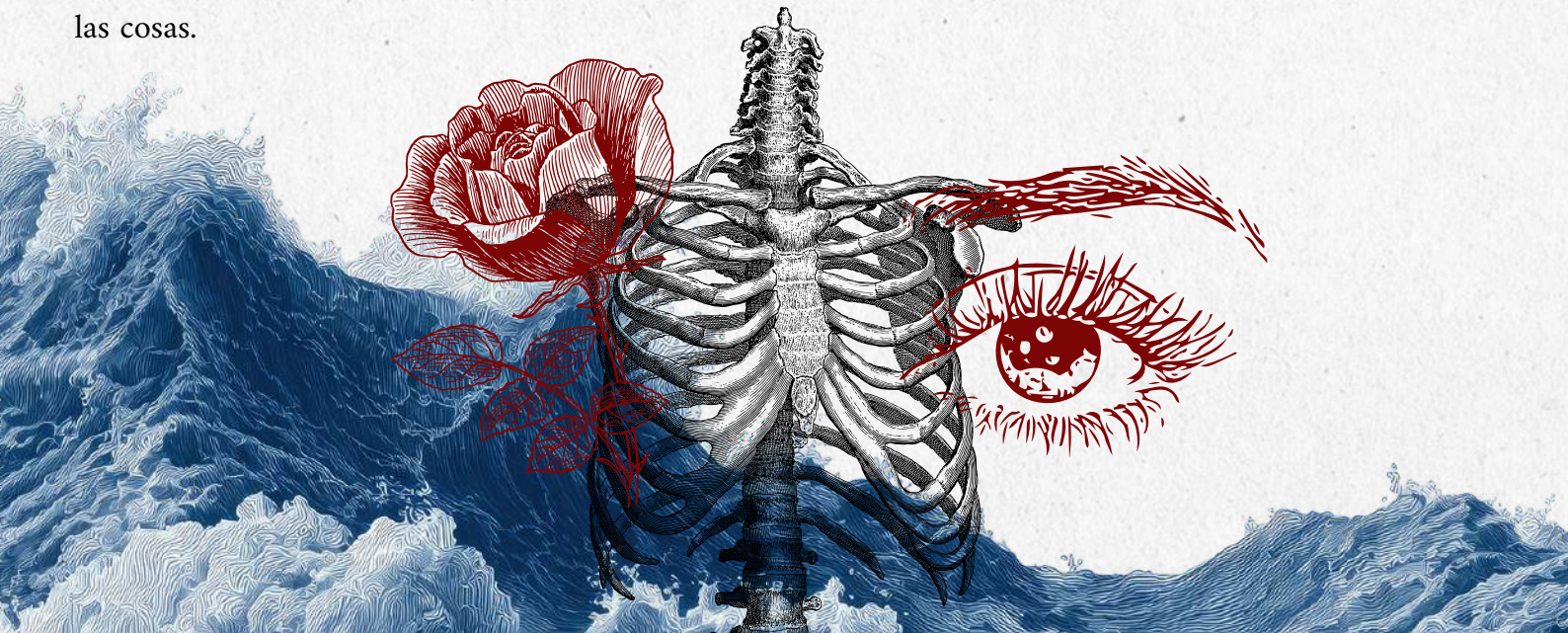
Se cubrió la cara con las manos, derrotada por su propio grito. Helena sintió que el suelo del balcón se desvanecía y se sintió como un estorbo. Todo aquello de lo que se culpaba todos los días, todo el tiempo, cobró sentido, y por un momento deseó con todas sus fuerzas estar muerta. Al menos así, ya no sería un estorbo para Sofía, para todos los que la rodeaban.

—No puedo más —murmuró Sofía desde detrás de sus manos—. Simplemente no puedo ser tu única tabla de salvación. Me está matando.

Helena no supo qué decir; lo único que surgió fue un balbuceo.

—Yo... no sé cómo ser de otra manera. No sé estar bien. Y tengo miedo ahora... miedo de que me dejes, miedo de quedarme sola, miedo a lastimarte —se abrazó a sí misma con el sabor de la muerte en los labios.

—No hay nada que hacer —dijo Sofía, bajando las manos. Tenía el rostro surcado de un cansancio que iba más allá de la noche.



Un nuevo silencio cayó, más absoluto, más final. Sofía miró las macetas del balcón, donde las begonias que Helena tanto cuidaba se plegaban sobre sí mismas, pétalos mustios aferrados al tallo. No las había regado en días. Había olvidado su olor.

—Te amo —susurró Helena, pero la palabra sonó inútil.

Sofía no respondió de inmediato. Extendió la mano y posó los dedos con una delicadeza infinita sobre el dorso de la mano de Helena, que seguía aferrada al barandal.

—Yo también —dijo, y su voz era un campo yermo—. Por eso duele tanto ver cómo esto... se marchita. Cómo nos estamos marchitando.

Helena no pudo contener las lágrimas. No eran de rabia, ni de súplica. Eran de un entendimiento lúgubre y tardío. Estaban regando con sal lo que ya estaba muerto. Se amaban, sí. Pero el amor se había convertido en el testigo mudo de su incapacidad para salvarse, o incluso, para simplemente verse.

—A veces —musitó Sofía, mirando el cielo donde no había estrellas—, pienso que quizás nunca nos conocimos de verdad.

Helena asintió en silencio, las lágrimas recorriéndole la cara sin hacer ruido. No había nada que agregar. Era darse cuenta de que, en el fondo, la mayor soledad era estar juntas y sentirse más perdidas que nunca.

—Helena... —la voz de Sofía era ahora solo un suspiro, dulce y roto—. Nunca me he sentido tan temerosa como ahora.

Y allí se quedaron, las dos, mirando cómo la noche avanzaba sobre las flores marchitas, contemplando el abismo que habían cultivado juntas, amándose con las manos vacías, sin saber ya cómo.

El autor es historiador militar y escritor, especializado en el zapatismo. Autor de la novela *La sombra del Imperio: Hechas en la caída* (Kreko, 2024).



# Habitación propia en llamas

Paula Itzel Guillén Rodríguez (México)

La habitación propia traspuesta al baño,  
tal vez esa no era la idea de Virginia Woolf.  
Acorralada por cuatro muros en combustión,  
combustión invisible,  
donde el resplandor desgarró la mirada  
bajo el atardecer sequio de primavera.

Necesito un poco de sombra  
para poder escribir  
para poder pensar  
para poder actuar

El cúmulo de tareas se ensancha,  
se empolva mientras se vuelve más urgente  
sobre el escritorio, una raquítica mesa de madera coja.

El calor aletarga las palabras y el razonamiento.  
El calor provoca al cuerpo sed y cansancio.  
El cuerpo reclama homeóstasis.  
El cerebro pide tiempo para reflexionar.

Un vendaval se aproxima.  
Se prevé que renueve las palabras,  
caerán letras, espacios y caracteres.  
Se acaba de convertir en huracán.

La habitación propia ahora luce inundada y destruida,  
al fondo, en la mesa, un cúmulo de cuartillas recién impresas.

La autora es escritora y profesora. Estudió la maestría en Letras Españolas en la UNAM y publicó su primera antología de cuentos *Cuando todo cambia* en 2024, a través de Ediciones Nocturlabio



# Mascada

Hugo Israel López Coronel (México)

Convinieron el precio, caminaron, casi sin mirarse. Un pasillo largo después del pago, un cuarto apenas iluminado. Ella da vuelta al seguro de la puerta y entran en la habitación; él mira alrededor. Ella se recuesta y empieza a desnudarse, abre las piernas y lo llama. Él mira, recuerda un sabor común en la boca. Lentamente se quita los pantalones, la camisa y descubre una mascada amarrada al cuello. Ella se acomoda, él sobre ella. Entonces la erección y la penetra. En ella todo ordinario: sensaciones, sentimientos, gustos... Pero le ha inquietado la mascada del cuello. Las penetraciones se aceleran. Ella mira la mascada, algo le atrae, una inquietud extraña, no suele poner atención a detalles de los clientes. Él ahora jadea con mayor intensidad, son más bruscos los movimientos, intenta introducir el cuerpo completo, jadea, extasiado. Ella, por momentos, siente esa fuerza, pero su mirada sigue en la mascada, el color, las figuras en ella... «¿Qué cubre?», piensa. Una cicatriz, alguna deformidad, ¿cuántas cosas se pueden esconder bajo un trozo de tela?

Él ya arremete con una intensidad descontrolada hasta que, en un gemido, se deja venir entero... Respira aceleradamente, se desprende y se acomoda al lado. Ella toma papel y limpia repetidamente su vientre, arroja el papel, desamarra las pantaletas de la pierna y se cubre. De reojo lo mira, la mascada amarrada a su cuello. Un instante en silencio, él se pone en pie, se viste hasta la cintura, apenas la mira. Ella se sienta y empieza a vestirse.



¿Por qué la mascada?, mientras termina de vestirse, se pone en pie. Él sonríe, ella no, percibe miedo. Él va hasta el rincón de la habitación donde una silla, se pone los zapatos.

—¿Sabes qué es un amocuale? —dice mientras dirige la mirada hacia ella, sus ojos son oscuros, rojizos, penetrantes.

Ella un tanto nerviosa camina hacia la puerta, siente la necesidad de salir.

—No, la verdad no. Su tono nervioso.

Él se pone en pie y empieza a desamarrar la mascada:

—¿Morena, quieres que te enseñe un truco?

Se quita del cuello la mascada y la enreda entre sus manos. En la semioscuridad de la habitación ella ve crecer tras él una sombra que llega hasta el techo. Ella llega a la puerta de la habitación y quita el seguro.

—Ven —dice él con la voz se ha vuelto ronca —, no te pasará nada, la sombra casi abarca la habitación completa. Ella abre la puerta...

—No lo entiendes, solo dormías, tu semblante envuelto en la pasividad desde mis ojos. Tu breve boca, tu breve aliento sobre la almohada de mi tiempo, tú, breve, breve como el hilo de agua sobre el arrollo, creatura, expuesta a mis brazos, a la fuerza de mis puños sosteniendo el mundo, girones y mi mirada contemplando tu cuerpo extendido sobre mi sombra... ¡Ah...! Conciencia, buscas mi tacto para merecer la noche cuando la serpiente adormece al salvaje. ¡Qué artificio evapora a las palabras si al volver la distancia aún queda el rastro de los pasos! ¿Te dije de la isla que habita en el centro, de la montaña esbelta y sus cumbres, de los aclarados vientos del tiempo? No hace falta mentir, porque no lo entiendes.

Antes de salir ella revira en el espacio y cae. Él la toma entre sus brazos, cierra la puerta y pone el seguro, la lleva hasta la cama y la deja caer. Se acomoda a su lado.

Voy a contarte desde el principio por qué la mascada...

Tehuacán, Puebla. 10 de mayo de 2009.



El autor es licenciado en Lingüística y Literatura Hispanoamericana y maestro en Literatura Mexicana por la BUAP. Docente en asignaturas de Lenguaje en la BUAP y otras casas de estudio. Miembro fundador y coordinador editorial de la *Revista Óclesis*.

The background features a detailed anatomical illustration of a human skull in profile, facing left. A heart is positioned in front of the lower part of the skull. Above the skull, several birds are shown in flight. The entire scene is framed by a light-colored, textured border. The text is overlaid on the skull and heart.

# [Ó]

ÓCLESIS  
REVISTA LITERARIA

NÚMERO 17  
ENERO-JUNIO 2026  
[WWW.OCLESIS.COM.MX](http://WWW.OCLESIS.COM.MX)